



ESPAÑA Y LA I GUERRA MUNDIAL NEUTRALIDAD OFICIAL, TERREMOTO SOCIO-POLÍTICO

SPAIN AND THE FIRST WORLD WAR OFFICIAL NEUTRALITY, SOCIO-POLITICAL EARTHQUAKE

Francisco J. Romero Salvadó*

Cómo citar este artículo/Citation: Romero Salvadó, F. J. (2016). España y la I Guerra Mundial neutralidad oficial, terremoto socio-político. *XXI Coloquio de Historia Canario-Americana (2014)*, XXI-101. <http://coloquioscanariasmerica.casadecolon.com/index.php/aea/article/view/9580>

Resumen: Hace 100 años las luces se apagaron en el continente europeo. La crema de la juventud de los países beligerantes perdió su inocencia, cuando no la vida, en los campos de batalla. Sin embargo, los efectos del cataclismo bélico también incidieron de manera dramática en los países neutrales.

Cuando las hostilidades estallaron en el verano de 1914, el gobierno conservador presidido por Eduardo Dato declaró la neutralidad oficial española. Sin embargo, si España no entró en la guerra, ésta entró en España con efectos afines a un terremoto socio-político.

El régimen liberal imperante cimentado en el clientelismo político presidió la polarización de la opinión pública en torno a la neutralidad. El consiguiente agrio choque ideológico adquirió el carácter de una guerra civil dialéctica entre dos visiones contrapuestas sobre el futuro de España. Al mismo tiempo, el alza de los precios, el acaparamiento de los productos básicos y el trastorno demográfico contribuyó a quebrantar el ya frágil tejido de la sociedad civil. Como en el resto de Europa, las tensiones socio-políticas estallaron en 1917. España vivió un tragicómico proceso revolucionario protagonizado por la irrupción del catalanismo político, la protesta militar y la movilización obrera.

Palabras clave: Gran Guerra; neutralidad; Romanones; Alfonso XIII; Revolución

Abstract: One hundred years ago darkness descended over Europe. The youth of the belligerent countries lost its innocence, and often its life, on the battlefields. The impact of such a cataclysm also dramatically affected the neutral nations.

When hostilities broke out in the summer of 1914, the conservative government presided over by Eduardo Dato declared Spain's official neutrality. However, if Spain did not enter the war, the war entered Spain causing a socio-political earthquake.

The ruling liberal regime, founded on political clientelism, presided over the polarization of public opinion on the subject of neutrality. The bitter ideological debate acquired the character of a dialectical civil war. At the same time, galloping inflation, hoarding of basic goods and demographic upheaval contributed to shatter the already fragile social fabric of civil society. As in the rest of Europe, socio-political tensions exploded in 1917. Spain experienced a process of revolutionary tragicomedy marked by the defiance of Catalan nationalism, military protest and working class mobilization.

Keywords: Great War; Neutrality; Romanones; Alfonso XIII; Revolution

MÁS ALLÁ DE LOS CAMPOS DE BATALLA

Cuando conmemoramos el estallido de la I Guerra Mundial, existe una curiosa paradoja académica en torno al estudio de su impacto en España. La ausencia de un volumen significativo de trabajos mo-

* Catedrático de Historia Contemporánea Española. HIPLA. Universidad de Bristol. 15 Woodland Road. Bristol, BS8 1TE. Reino Unido. Correo electrónico: F.RomeroSalvado@bristol.ac.uk

nográficos, sobre todo en cuanto a su dimensión doméstica, contrasta con el reconocimiento por los historiadores, sociólogos y economistas de su importancia en el curso de su historia contemporánea.¹ Un dato revelador es que *La crisis española de 1917*, escrito hace casi 45 años por Juan Antonio Lacomba Avellán, es todavía un trabajo básico para entender este período.² Es posible que como en el caso de otros acontecimientos (el desastre del 98, la Semana Trágica de 1909) veamos una avalancha de nueva literatura con motivo del centenario. De hecho, este año ya han aparecido dos libros de gran importancia pero que se concentran solamente en el tema de espías y aventureros.³

Hace 100 años las luces se apagaron en el continente europeo. La crema de su juventud perdió su inocencia, cuando no la vida, en los campos de batalla. Las cifras espeluznantes hablan por sí solas: más de 8 millones y medio de muertos, 21 millones de heridos y casi otros 8 millones de prisioneros y desaparecidos en combate. No es sorprendente pues la que la memoria histórica de este período se concentre en sus aspectos bélicos. Sin embargo, la Gran Guerra también constituyó un momento clave de modernización socio-política. Tras cuatros años de devastador conflicto no sería posible dar marcha atrasa al fatídico reloj de la historia.

En el verano de 1914, la mayoría de la elites gobernantes europeas pensaban que una decisiva victoria tras una campaña relativamente breve era una fórmula válida para silenciar los crecientes movimientos de protesta social o secesionista. Pero, la prolongación más de lo anticipado de la guerra, la sangría humana, las privaciones económicas y los trastornos demográficos contribuyeron a desvanecer la explosión de patriotismo espontáneo que había surgido al principio de la contienda. A partir de 1917, las tensiones del conflicto sacudieron los cimientos del orden socio-político que con sus imprevisiones y decisiones lo habían incubado.⁴ El desabastecimiento y la penuria junto al cansancio producido por una guerra cuyos objetivos eran remotos al bienestar de la población alentaron la desafección. La tregua social de los primeros días dio lugar a motines de soldados, manifestaciones de disidencia política y huelgas masivas. Rusia, tras la caída de la autocracia zarista en marzo y la toma del poder por los Bolcheviques en noviembre, se erigió en el epicentro de la revolución y el modelo a imitar o demonizar. El armisticio en noviembre de 1918 no pudo borrar los efectos de cuatro años de conflicto. Al principio de la contienda, monarquías de origen divino y feudal seguían siendo la pieza central de la sociedad civil y política. Los gobiernos estaban en manos de partidos dinásticos sostenidos por dóciles parlamentos donde sus cámaras altas eran auténticos baluartes del pasado. La iglesia actuaba de propagandista oficial de los principios de autoridad y conservadurismo social y el ejército constituía la última garantía de seguridad interna. Los fundamentos ideológicos y socio-políticos del antiguo orden se derrumbaron ante la irrupción de las masas en la política, la agitación obrera e incluso la tan temida revolución socialista.⁵ La Gran Guerra, como sugiere el historiador británico Eric Hobsbawm, inició una era de catástrofe pues dio lugar a la brutalización y el extremismo que culminaría en la tragedia de la II Guerra Mundial.⁶

LOS LÍMITES DE LA NEUTRALIDAD

El impacto de la contienda traspasó las fronteras de los países beligerantes y alcanzó a los países neutrales, incluyendo, por supuesto, a España. Cuando las hostilidades estallaron en el verano de 1914, el gobierno conservador presidido por Eduardo Dato rápidamente declaró la neutralidad oficial; una neutralidad que se mantendría a capa y espada hasta el día del armisticio. Sin embargo, si España no entró en la guerra, ésta sí que entró en España con efectos afines a un terremoto socio-político.

1 La falta de investigación sobre tema tan importante es recalado en ESPADAS BURGOS (2000), p. 97.

2 LACOMBA (1970). A diferencia de la política exterior española durante la Gran Guerra, es notable la ausencia de estudios sobre el impacto del conflicto a nivel doméstico. La relación entre la evolución política interna de España y el contexto internacional fue analizado en ROMERO SALVADÓ (2002) y su secuela, ROMERO SALVADÓ (2008). Hay dos libros importantes sobre el movimiento obrero: MEAKER (1974) y FORCADELL (1978). Un excelente trabajo sobre las fuerzas armadas es BOYD (1979). Por último, se debe citar el breve pero interesante ensayo de MARTORELL (2011).

3 GONZÁLEZ CALLEJA y AUBERT (2014); GARCÍA SANZ (2014).

4 MAYER (1981), p. 15.

5 BLINKHORN (1990), p. 3.

6 BESSEL (2002), pp. 120-1.

En la víspera de la Gran Guerra, la monarquía española era la variante local de regímenes constitucionales y parlamentarios pero al mismo tiempo oligárquico que existían en gran parte de Europa. Desde el retorno de los Borbones al trono en diciembre de 1874, mecanismos de tipo liberal (elecciones, partidos políticos, derechos civiles, etc.) coexistían con una política elitista que en la práctica representaba la efectiva inhabilitación de grandes sectores de la población. Dos partidos políticos —Conservadores y Liberales— alternaban sistemáticamente en el gobierno, el llamado turno pacífico, por medio de la manipulación electoral, la apatía pública y el caciquismo.

Si bien España adoptó la neutralidad, ésta tenía sus límites. Mientras ciertamente salvó al país de la terrible sangría humana, no pudo evitar su impacto devastador. La abulia tradicional en que se había sustentado el régimen hasta entonces llegó a su fin. Por un lado, tuvo que enfrentarse a la polarización de la opinión pública en torno al tema de la naturaleza y el mantenimiento de la estricta neutralidad. Al mismo tiempo, el trastorno económico, la convulsión demográfica, la agitación social y la movilización política tuvieron repercusiones dramáticas en el regionalismo catalán, el movimiento obrero y la oficialidad castrense. Sus reivindicaciones y/o críticas al régimen no eran una novedad, pero ahora, por primera vez, en aras de la reforma o la revolución estuvieron dispuestos a presentar un desafío abierto y frontal al estado.

UNA GUERRA CIVIL DIALÉCTICA

En líneas generales, la declaración de neutralidad fue bien recibida en todo el país.⁷ En su gran mayoría, los políticos dinásticos, con algunas importantes excepciones como veremos luego, intentaron esquivar el tema adoptando una actitud semejante a la de los avestruces: enterrar la cabeza en la arena, ignorar la guerra y confiar que la guerra les olvidase a ellos. Sin embargo, no pudieron evitar que el consenso inicial comenzase a quebrarse a medida que el conflicto se prolongaba.

Mientras la mayoría de la gente, bien por ignorancia o por falta de interés, ni comprendía ni se preocupaba por el curso de la contienda, para las elites culturales, las fuerzas políticas no dinásticas y varios sectores de las clases medias, la guerra se convirtió en tema primordial. Para ellos, adoptó el carácter de una pugna ideológica en la que cada uno de los dos campos simbolizaba un conjunto de valores fundamentales y cuyo triunfo tendría repercusiones sobre el futuro curso de España. Tal nivel de pasión alcanzó el debate entre los partidarios acérrimos de los Aliados o Francófilos y los de los Imperios Centrales o Germanófilos que según el historiador norteamericano Gerald Meaker llegó a adquirir la cualidad moral de casi una guerra civil dialéctica que anticipaba la que estallaría 20 años después.⁸

Aunque no sin importantes excepciones,⁹ los germanófilos españoles pertenecían a lo que se puede tildar de poderes fácticos o clases privilegiadas (la aristocracia, la alta burguesía, la corte, los latifundistas, los oficiales del ejército y la iglesia). Para ellos los Imperios Centrales representaban los principios de la tradición, la autoridad y el orden social jerárquico. Por el contrario, la gran mayoría de los intelectuales, las profesiones liberales, y los dirigentes obreros en el movimiento socialista se identificaban con los Aliados y en particular con la anticlerical y republicana Francia, modelo de país moderno y secular que deseaban.¹⁰

El debate sobre la neutralidad quedó sujeto a los vaivenes de la guerra. Así, la entrada de nuevos participantes en la contienda alteraron de forma significativa los parámetros iniciales. El alineamiento de

7 La excepción inicial la constituyeron la extrema derecha Carlista favorable a los Imperios Centrales y el Partido Republicano Radical que apoyaba abiertamente la intervención en el campo de los Aliados.

8 MEAKER (1988), p. 2.

9 Ejemplo obvio es el de la Reina Victoria Eugenia de Battenberg, inglesa de nacimiento y casada con el Rey Alfonso XIII desde 1906, era por supuesto una excepción en el baluarte germanófilo que era la corte dominado por la reina madre, la austriaca María Cristina de Habsburgo y Lorena. Un caso peculiar fue el del pretendiente Carlista, Don Jaime de Borbón y Parma, que habiendo servido como oficial en el ejército zarista durante la guerra ruso-japonesa (1904-05) vivió la guerra durante arresto domiciliario en Austria debido a su apoyo a los Aliados, a los que naturalmente pertenecía Rusia.

10 Aparte del citado texto de Meaker, existe abundante literatura sobre polarización del país entre germanófilos y francófilos. Por ejemplo, CENAMOR VAL (1916); BALLESTEROS (1917); DÍAZ PLAJA (1973); LONGARES ALONSO (1976), pp. 38-45. Ver también National Archives, *Foreign Office Papers* (FO) 371-2760/20576 y 20756, Informes secretos (2 de febrero y 17 de abril de 1916).

Italia y Portugal con los Aliados, en mayo de 1915 y marzo de 1916 respectivamente, dejaron a las costas y fronteras españolas rodeadas por países de aquel campo. La nueva realidad animó a los francófilos a reclamar una nueva lectura de la neutralidad que iba desde un mayor compromiso con la causa aliada hasta la ruptura de relaciones con los Imperios Centrales e incluso la participación en el conflicto. A su vez, los germanófilos, conscientes que cualquier posicionamiento favorable a Alemania equivalía a un suicidio militar, se convirtieron en ardientes defensores de la más estricta neutralidad a la que presentaban como la defensa de la independencia nacional.¹¹

Las actividades de los beligerantes convirtiendo a España en teatro de operaciones contribuyeron a polarizar los ánimos. En especial, Alemania llevó a cabo una amplia campaña de actividades subversivas que incluía el establecimiento de redes de espionaje alrededor de zonas industriales y costeras, en las Islas Baleares y Canarias, en el Marruecos Español y en las cercanías de la frontera francesa, el soborno de oficiales para conocer detalles sobre las rutas navieras y proceder al consiguiente hundimiento de buques mercantes y la infiltración de grupos anarquistas para sabotear las fábricas cuya producción se exportaba a los Aliados.¹² Simultáneamente, el precio exorbitante del papel hizo posible el control parcial o total de gran número de publicaciones. De este modo, gran parte de la prensa en vez de informar objetivamente se limitaba a difundir propaganda de quien la financiaba, fomentando con sus apocalípticas editoriales las ya enconadas pasiones. También aquí, Alemania llevó la iniciativa: hacia el final de la guerra controlaba 500 periódicos y revistas nacionales y locales.¹³

UN BARRIL DE PÓLVORA

Si bien la amarga pugna dialéctica quedó confinada a ciertos sectores de la población, la guerra tuvo un impacto crucial en toda la sociedad. En términos cuantitativos, España experimentó años de superávits fabulosos en su balanza comercial, anteriormente caracterizada por un estado de déficit crónico, y afluencia de oro y capital extranjero, producto de su transformación en abastecedor tanto de los países beligerantes, obligados por las circunstancias a adoptar economías de guerra, como de los numerosos mercados que aquellos habían tenido que abandonar.¹⁴ Esta aparente bonanza macroeconómica, sin embargo, contribuyó a agudizar las diferencias estructurales, sociales y regionales del país. Metrópolis industriales como Barcelona entraron en una fase de actividad febril convirtiéndose en polo de atracción de mano de obra barata procedente de zonas rurales. En realidad, el despilfarro y la ostentación de las fortunas insólitas acumuladas por barones industriales, magnates financieros y especuladores contrastaban obscenamente con la miseria de la mayoría. La boyante demanda externa unida al descenso en picado de las importaciones resultó en la carestía de las subsistencias y el ascenso ininterrumpido del coste de la vida. La avalancha demográfica y la falta de legislación social avocaron a la clase obrera a sobrevivir en condiciones infrahumanas de higiene y vivienda, jornales ínfimos y condiciones laborales precarias.¹⁵

11 ROMERO SALVADÓ (2002), p. 13.

12 Un amplio resumen de las actividades subversivas alemanas se puede hallar en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (BRAH), *Archivo del Conde de Romanones* (ACR), Leg. 63/46 (Abril de 1917) y en los precisos informes secretos del servicio de inteligencia británico en FO 371-2760/20.756 (2 de febrero de 1916) y FO 371-3372/118.836 (6 de julio de 1918). Abundante información se encuentra en los libros de GONZÁLEZ CALLEJA y AUBERT (2014), y GARCÍA SANZ (2014), p. 70, incluso afirma que le cabe a España el dudoso honor de haber sido el primer gran escenario en el que se desarrollaba la guerra a gran escala de los servicios de información de todos los países beligerantes. Un meticuloso estudio del caso de las Islas Canarias es PONCE MARRERO (2006). Para un resumen ver CARDEN (1987), pp. 100-2; y ROMERO SALVADÓ (2002), pp. 82-7.

13 Archivo Histórico Nacional (AHN), *Serie Gobernación*, Leg. 48A/13 (2 de febrero de 1919); FO 395-117/23.798, Informe Secreto sobre la superioridad de la propaganda alemana (Octubre 1917). CARDEN (1987), p. 56, sugiere que el control alemán de la prensa española fue un factor clave en el mantenimiento de su neutralidad. Un amplio estudio del control por parte de los beligerantes de la prensa española y la omnipresencia alemana ver GONZÁLEZ CALLEJA y AUBERT (2014), pp. 229-65. Un excelente artículo sobre los intentos alemanes por controlar la prensa y la opinión pública en España es PONCE MARRERO (2014), pp. 293-321.

14 BERNÍS (1923), pp. 95-6.

15 Instituto de Reformas Sociales, *Encarecimiento de la vida durante la Guerra. Precios de las subsistencias en España y en el extranjero, 1914-1918* (Madrid, Sobrinos de la Sociedad de M. Minuesa, 1918) y *Movimiento de los precios al por menor durante la guerra y la posguerra, 1914-1922* (Madrid, Sobrinos de la Sociedad de M. Minuesa, 1923). Para el contraste entre

Las circunstancias especiales creadas por la guerra dieron alas al catalanismo político cuyo principal representante era la Lliga Regionalista de Catalunya. Fundada en 1901, la Lliga era un partido conservador y de orden, vinculado estrechamente con sectores industriales. Lejos del separatismo, su programa, resumido en la idea de una *Espanya Catalana*, combinaba objetivos regionalistas e imperialistas. Es decir, sus ambiciones de hegemonía eran tanto a nivel catalán como estatal. España debía ser una nación de naciones dirigida por la más dinámica, moderna y próspera Cataluña.¹⁶ Por consiguiente, la existencia del turno pacífico era para sus dirigentes una rémora a la modernización del país y un obstáculo a su acceso al poder en Madrid.¹⁷

Espoleados por el repentino crecimiento del peso de la economía catalana, la Lliga pasó a la ofensiva en el verano de 1916. Su transformación de fuerza relativamente marginal a potencia nacional fue facilitada por el intento del ministro de Hacienda, Santiago Alba, de introducir un ambicioso plan de reconstrucción y fomento de la economía que se debía financiar por medio de nueva tributación incluyendo un impuesto sobre los beneficios extraordinarios de la guerra conseguidos por la industria y el comercio, pero no la agricultura.¹⁸ Los dirigentes catalanes encabezaron en las Cortes y en la calle una campaña masiva que movilizó a todos los sectores industriales del país.¹⁹ El triunfo fue sin paliativos. A fines de 1916, el Partido Liberal en el gobierno se hallaba fracturado y Alba contemplaba como se truncaba su meteórica carrera. No sólo sus grandiosos planes económicos se habían derrumbado sino incluso había fracasado en aprobar el presupuesto anual.²⁰

Mientras la movilización empresarial ponía al gobierno contra las cuerdas, el conflicto social alcanzaba niveles alarmantes. Huelgas, motines de subsistencias, asaltos a panaderías y peleas en los mercados comenzaron a convertirse en espectáculo habitual. Las circunstancias críticas del momento, junto a la hemorragia de militantes y la falta de iniciativas gubernamentales, arrastraron a los tradicionalmente prudentes dirigentes del socialismo español, en muchos casos en las ejecutivas de ambos el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y del sindicato Unión General de Trabajadores (UGT), a aceptar medidas extraordinarias. El XII Congreso de la UGT, celebrado del 17 al 24 de mayo de 1916 aprobó, primero, el inicio de una campaña de educación y movilización del proletariado basado en manifestaciones y asambleas en toda España para forzar al gobierno y a las Cortes a introducir legislación para mitigar la crisis socio-económica, y segundo, la apertura de negociaciones con el sindicato rival, en aquel momento más pequeño y casi reducido a Cataluña, la anarco-sindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT), para conseguir la unidad proletaria. El pacto laboral se firmó finalmente en julio en Zaragoza.²¹

la riqueza desmesurada de su burguesía local y la miseria del proletariado en Barcelona ver TATJER MIR (1996), pp. 43-4; TAFUNELL (1992), p. 19; EALHAM (2005), pp. 6-9.

16 UCELAY-DA CAL (2003). Ver también GONZÁLEZ CALLEJA (2005), pp. 297-312.

17 PABÓN (1999), p. 386; EHRlich (1998, Abril), pp. 190-1.

18 El mejor estudio de los proyectos económicos de Alba es CABRERA, COMÍN y GARCÍA DELGADO (1989). Aparte de motivos económicos, existían razones coyunturales para torpedear los planes de Alba. El Partido Liberal, mucho más que el Conservador, poseía una historia de centralismo y hostilidad hacia la Lliga. Destacado representante de esa tendencia dentro su partido, Santiago Alba, en el puesto de ministro de la Gobernación, había enfurecido a los regionalistas catalanes al organizar una amplia coalición (Pacto de la Castellana) que incluía a los republicanos, teóricamente enemigos del régimen, para batir a la Lliga en Cataluña en las elecciones de abril de 1916. El plan fracasa pues la Lliga mejoró sus resultados previos en aquellos comicios. Cuando poco después pasó al ministerio de Hacienda, la Lliga no podía consentir el triunfo de sus planes económicos pues podían catapultarle a la jefatura de su partido. Ese objetivo quedó claramente impreso tanto en el Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), *Archivo Enric Prat de la Ribas* (AEPR), Cambó a Prat de la Riba (9 de julio de 1916) y en CAMBÓ (1987), p. 227: 'Nuestro propósito era llevar a Santiago Alba a un fracaso total, a fin de que el escarmiento fuera lo bastante notorio para que nadie más tuviera la tentación de hacer contra nosotros maniobras de cerco'.

19 Ejemplos de organizaciones empresariales que se sumaron a la ofensiva: Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona, Asociación de Navieros de Bilbao, Círculo de la Unión Mercantil e Industrial de Madrid, Cámara de Comercio de Zaragoza, Unión Gremial de Valencia, Industria y Navegación de Sevilla, etc. El liderazgo de la Lliga en la campaña se puede ver en el Institut Francesc Cambó, Caja 3/2, nos. 16-17 (octubre-noviembre de 1916); AEPR, Cambó a Prat de la Riba (5 noviembre de 1916). Ver también CABRERA, COMÍN y GARCÍA DELGADO (1989), pp. 375-406.

20 El desbarajuste en el Partido Liberal quedó bien reflejado en los diarios del notable de este partido e íntimo amigo de Santiago Alba, Natalio Rivas: BRAH, *Diarios de Natalio Rivas*, Leg. 11/8903 (13-14 de diciembre de 1916).

21 *El Socialista* (24 de mayo de 1916).

Tras comenzar al fin del verano la campaña de movilización obrera, los socialistas españoles, en su cualidad de fuerza dominante, tuvieron que frenar los impulsos más radicales de sus socios de la CNT.²² Los dirigentes de la UGT-PSOE, como la mayoría de sus homólogos europeos de la II Internacional, eran políticos reformistas, miembros de la burocracia sindical y concejales municipales, que practicaban una estrategia gradualista de negociación, y sólo en último término combate, para conseguir pequeñas conquistas laborales. Lo último en su mente era una insurrección armada para derribar al régimen. Por contra, los anarco-sindicalistas vieron en el pacto la señal de que la hora de la revolución se acercaba. Uno de sus líderes más emblemáticos, Ángel Pestaña, escribió: ‘Se volcaron las cajas de los fondos de los sindicatos, entregando hasta el último céntimo para comprar pistolas y fabricar bombas. Una fiebre de actividad invadió los medios confederales.’²³

A fines de 1916, los socialistas, aunque sin abandonar su caución, se hallaban al frente, por primera vez, de un movimiento obrero unido cuyo marco de apuesta trascendía la habitual disputa sectorial o local. Su iniciativa les enfrentaba directamente al estado que presidía el malestar social imperante. La falta de respuesta de aquel solo podía endurecer la movilización obrera, como lo demostró el paro nacional de un día celebrado el 18 de diciembre de 1916.²⁴

Por último, la guerra también impactó drásticamente en los niveles de vida de los miembros del sector público, la burocracia y, por supuesto, los oficiales del ejército. Mientras la inflación y la carestía mermaban su poder adquisitivo, los militares contemplaban con ansiedad, debido a su pobreza técnica, la posibilidad de verse arrastrados hacia la guerra. Tal ansiedad dio lugar al alarmismo con la introducción de un decreto de reforma militar en 1915 que buscaba reducir el inflado cuerpo de oficiales por medio de pruebas de aptitud tanto físicas como intelectuales para invertir los subsiguientes ahorros en la modernización de los servicios y la adquisición de material bélico.²⁵ Oficiales hasta el rango de coronel comenzaron a afiliarse a lo largo del año 1916 en Juntas Militares de Defensa, una especie de sindicato castrense. Su órgano de prensa, *La Correspondencia Militar*, se caracterizó por un discurso regeneracionista y crítico del régimen al que culpaban de favorecer los privilegios de las oligarquías y de una elite militar formada por los oficiales de la casa del rey o destinados en África. Sin embargo, su objetivo primordial era la defensa de los intereses colectivos del cuerpo: mejores sueldos y condiciones y la imposición de la escala cerrada (promoción basada en antigüedad).²⁶

LA ESPOLETA

La movilización de obreros, regionalistas catalanes y oficiales del ejército constituía un barril de pólvora. Solo faltaba la espoleta, y ésta no tardó en llegar: la reacción de las elites españolas, en particular la del jefe del estado, el Rey Alfonso XIII, al contexto internacional.

Como en el resto de Europa, el año 1917 fue un momento determinante. En marzo, la repentina caída de la autocracia zarista provocó la conmoción general. Animados por tal acontecimiento, el día 27 de ese mes, socialistas y anarco-sindicalistas suscribieron un manifiesto en el que abiertamente culpaban al orden político vigente de amparar la angustia social existente y le amenazaron con derribarlo, en un momento oportuno, por medio de una huelga general indefinida.²⁷ Al mismo tiempo, el debate en torno a la neutralidad llegó a tal nivel de polarización que solo dejaba lugar a dos alternativas: el abandono de la estricta neutralidad o la caída del jefe del gobierno y del Partido Liberal Conde de Romanones.

El año 1917 comenzó con el anuncio alemán de la guerra submarina a ultranza, es decir sin restricciones, a partir del 1 de febrero. La respuesta de los Estados Unidos no pudo ser más contundente: la inmediata

22 Fundación Pablo Iglesias, *Archivo de Amaro del Rosal, Minutas del Comité Ejecutivo de la UGT, 1916-1918* (noviembre de 1916).

23 PESTAÑA (1971 [1933]), Vol. 1, p. 59.

24 *El Liberal* (19 de diciembre de 1916).

25 El decreto de reforma del estado mayor, introducida inicialmente por el ministro de la Guerra, General Ramón Echague, se encuentra en el Archivo General del Palacio Real (AGPR), Sec. 15.614/6 (9 de noviembre de 1915).

26 BOYD (1979), pp. 51-9.

27 *El Socialista* (28 de Marzo de 1917).

ruptura de relaciones diplomáticas y su entrada en la guerra dos meses más tarde. Al principio de la contienda, Romanones, entonces líder de la oposición dinástica, había conmocionado al país con la publicación de un artículo titulado ‘Neutralidades que matan’ en la que abogaba abiertamente por un acercamiento a los Aliados.²⁸ De regreso al poder en diciembre de 1915, el conde públicamente declaró en repetidas ocasiones su adhesión a la neutralidad existente. Sin embargo, nunca abandonó sus sentimientos francófilos y el incremento brutal de actividades alemanas, incluyendo la escalada en el número de torpedeamientos de buques mercantes españoles, le animó a emular el ejemplo de los Estados Unidos.²⁹ En su dura pugna con la España germanófila, el jefe liberal acabó perdiendo la partida. El 19 de abril fue anunciada la formación de otro ministerio liberal presidido por su rival, el Marqués de Alhucemas.³⁰

En su nota de dimisión, Romanones justificó su cese a la oposición de miembros de su partido y de la opinión pública.³¹ Sin embargo, nadie que conociese el funcionamiento del régimen podía creer que era la opinión pública la que causaba las caídas repentinas de gobiernos. La institución que determinaba el turno en momentos críticos era la corona y, de hecho, desde su llegada al trono en 1902, el Rey Alfonso XIII había abusado de sus prerrogativas constitucionales para forzar crisis de ministerios conocidas como orientales por qué se gestaban en el palacio de oriente.³²

Irónicamente, al comienzo de la contienda, Alfonso XIII había mostrado simpatías por los Aliados, pero la polarización del país e identificación de los enemigos de la monarquía con aquellos y el destronamiento del zar, seguido por el rápido reconocimiento de las cancillerías occidentales del nuevo gobierno provisional ruso, le situó en el campo germanófilo.³³ En abril de 1917, el monarca concluyó que era imperativo desembarazarse de un gobierno que amenazaba empujar a España a alinearse con la causa apoyada por los enemigos del régimen.

Su decisiva intervención dejó a Don Alfonso en una posición abiertamente comprometida. La asamblea multitudinaria en favor de los Aliados, celebrada en la plaza de toros de Madrid el 27 de mayo de 1917, concluyó advirtiéndole que no tardaría en sufrir el mismo destino que Nicolás II.³⁴ Claramente afectado y preocupado por los acontecimientos en Rusia, el rey instó al nuevo gobierno a ordenar la disolución de las Juntas.³⁵ La retórica que emanaba de aquellas le hizo establecer un paralelismo (que no existía) con la oficialidad zarista que había desertado a su soberano. De hecho, Alfonso XIII acababa de poner en marcha el proceso revolucionario de 1917.

²⁸ *El Diario Universal* (19 de agosto de 1914). Naturalmente, el Conde no argumentaba en favor de la entrada en la guerra, pero aducía que por razones geográficas y económicas España debía confirmar su posición en la órbita del campo Aliado. Tras el amplio criticismo registrado, el siempre hábil conde negó la autoría del artículo al que culpó a su colaborador y antiguo ministro de Estado, Juan Pérez Caballero.

²⁹ En todas sus intervenciones en las Cortes (10 de mayo, 6 de junio, 13 de octubre y 4 de noviembre de 1916). Romanones afirmó su intención de no alterar la política de estricta neutralidad. FO 371-3035/75.548, despacho de la embajada inglesa (12 de abril de 1917) confirmando que el jefe del gobierno español había confiado al embajador francés, Leon Geoffray, que el torpedeamiento del *San Fulgencio* el 9 de abril era la gota que había colmado el vaso (para entonces, Alemania ya había hundido 34 barcos españoles). La decisión de romper relaciones diplomáticas con Alemania se puede constatar en ACR, II I A, carta de Romanones a León y Castillo (14 de abril de 1917) y a Fermín Calbetón (18 de abril de 1917). El borrador de la nota que se iba a enviar a Alemania está en ACR, 63, Leg. 46 (Abril 1917). Ver también CARDEN (1987), pp. 172-5.

³⁰ La pugna entre Romanones y los germanófilos es analizada en ROMERO SALVADÓ (2003), pp. 297-304; y MARTÍNEZ SANZ (1983), pp. 401-27.

³¹ *La Época* (19 Abril 1917).

³² BOYD (2003), p. 218.

³³ Algunos autores como CARDEN (1987), p. 6, opinan que Alfonso XIII fue siempre un francófilo que hábilmente hizo creer a los alemanes que apoyaba su causa. Este autor, sin embargo, parece luego desdecirse de lo previamente afirmado (p. 159) e incluso reconocer el papel clave del monarca en la caída del Ministerio Romanones (p. 178). Este trabajo no pone en dudas la ‘habilidad’ del monarca, pero, sostiene que el rey era francófilo por motivos de oportunismo en 1914 pero fue cambiando de bando a medida que avanzaba la contienda. Romanones (*Notas de una vida*, Madrid: Marcial Pons, 1999 [1947]) afirmó que el monarca estaba completamente de acuerdo con el espíritu de la letra de su editorial ‘Neutralidades que matan’ (p. 379) pero cambió de bando, según él, impresionado por la cualidad militar alemana y sus ofertas territoriales (p. 384). Un buen análisis del papel jugado por el monarca en la caída del gobierno se halla en *España*, no. 118, ‘Una crisis Germanófila’ (26 de abril de 1917). La transformación de Alfonso XIII de francófilo a germanófilo fue constatada por el Agregado Militar británico, Jocelyn Grant, en FO 371-3033/96.587 (5 de mayo de 1917) y el embajador inglés, Arthur Hardinge, en FO 371-3033/92.539 (7 de mayo de 1917). Ver también ROMERO SALVADÓ (2002), pp. 104-5; y GONZÁLEZ CALLEJA y AUBERT (2014), p. 268.

³⁴ *El País* (28 de mayo de 1917).

³⁵ Romanones, *op.cit.*, pp. 413-14.

EXPLOSIÓN EN CUATRO FASES

En el verano de 1917, España vivió una experiencia revolucionaria, desconocida hasta entonces por su amplitud, compuesta de cuatro fases diferentes. A pesar de contener momentos cercanos al absurdo, sus consecuencias fueron fundamentales.

La primera fase de impronta pretoriana comenzó con el arresto de los jefes de la junta central en Barcelona tras negarse a desbandar el movimiento a fines de mayo de 1917. Automáticamente se formó una nueva Junta provisional y, en un acto de solidaridad, oficiales en cuarteles de toda la península se presentaron voluntariamente a sus superiores para ser también detenidos. El 1 de junio, la indisciplina dio lugar a un ultimátum en toda regla con la publicación de un manifiesto que daba al gobierno un plazo de doce horas para liberar a sus líderes en prisión, ofrecer garantías de no tomar represalias en el futuro y reconocer oficialmente los estatutos de las Juntas.³⁶ Instrucciones para ocupar los respectivos gobiernos militares y cuarteles generales al día siguiente habían sido cursadas a las Juntas regionales en caso de reticencia por parte de Madrid.³⁷ Abrumado por las circunstancias, Alhucemas puso en libertad a los dirigentes junteros en Barcelona pero sus intentos de preservar la normalidad y negociar una fórmula de compromiso se vinieron abajo cuando *La Correspondencia Militar* se jactó en sus editoriales de la marcha atrás del gobierno al tiempo que describía la rebelión de los junteros de constituir ‘el prólogo de la dignificación de España y la sentencia a muerte del imperio del caciquismo y la oligarquía en todos los órdenes de la vida nacional’.³⁸ Befado y criticado, el Ministerio Alhucemas dimitió tras apenas dos meses en el poder.

La triunfante insubordinación militar dio paso a una nueva fase que podemos describir de reformista. El aparente divorcio entre el régimen y su guardia pretoriana agudizó la sensación de vacío político y galvanizó a las fuerzas de la oposición que ahora se vieron con una oportunidad inesperada para derribar al régimen como afirmó el líder histórico del socialismo español, Pablo Iglesias.³⁹

El descontento general fue confirmado por el regreso al poder del Partido Conservador bajo Eduardo Dato prosiguiendo la ficción del turno como si nada sucediese. Ante los intentos del nuevo gobierno de acallar la agitación popular por medio de la suspensión de las garantías constitucionales y la introducción de la censura de prensa, la Lliga se erigió en el coordinador del cambio. Cuando el gobierno persistió en su actitud de ignorar la gravedad de la situación y mantener las Cortes cerradas, los regionalistas catalanes primero organizaron una asamblea de todos los diputados catalanes en el ayuntamiento de Barcelona el 5 de Julio y tras esta fecha extendieron la invitación al resto de los españoles a acudir a la ciudad condal el 19 de julio para discutir la crisis.⁴⁰ La Lliga no buscaba una repetición de la toma de la Bastilla sino una profunda reforma estructural para evitar una revolución social que se temía acabaría estallando ante la ceguera del régimen. Su líder, Francesc Cambó, incluso llegó a declarar que el deber de todo conservador era entonces de ser un revolucionario.⁴¹

El día de la asamblea de parlamentarios puede ser tildado de histórico o de histérico.⁴² Fue histórico, pues la confluencia de republicanos de diversos matices, socialistas y regionalistas catalanes —en total 55 diputados y 13 senadores (46 de ellos de Cataluña) - fue un claro preámbulo a la coalición que proclamó la II República en abril de 1931. La asamblea aprobó resoluciones de gran alcance: la denuncia de un régimen artificial y oligárquico, la elección de unas Cortes Constituyentes en unos comicios presididos por un gobierno que representase la voluntad nacional y la creación de tres comisiones para estudiar respectivamente la primera, la reforma constitucional que incluiría la autonomía para aquellas regiones que lo desearan, la segunda, la defensa nacional, la enseñanza y la administración de justicia, y la tercera, los urgentes problemas socio-económicos.

36 El desafío pretoriano y el manifiesto del 1 de junio se hallan en MÁRQUEZ y CAPÓ (1923), apéndice 2, pp. 178-9; Para un amplia narrativa ver BUXADÉ (1918), pp. 33-59.

37 Fundación Antonio Maura, *Archivo Antonio Maura* (AAM), Leg. 402/22, carta del capitán de artillería Salvador Furiol a Maura sobre el golpe planeado por los junteros (5 de junio de 1917).

38 *La Correspondencia Militar* (6 de junio de 1917).

39 *El Socialista* (12 de junio de 1917).

40 *La Veu de Catalunya* (6 July 1917). Pabón, *Cambó*, 408-11.

41 LACOMBA (1970), p. 201. Su líder, Francesc Cambó, llegó a decir que ‘dadas las circunstancias del país, lo más conservador era ser revolucionario’, en BURGOS y MAZO (1918), pp. 108-10.

42 El día fue caracterizado de histérico por *La Acción* (19-20 de julio de 1917).

Sin embargo, las circunstancias en que discurrió tuvieron connotaciones cómicas. Comenzó con un auténtico juego al escondite entre la policía y los diputados con persecuciones en taxi por las calles de Barcelona, siguió con la reunión inicial en un restaurante reservado previamente para un banquete de boda para de allí acudir juntos al Palacio del Gobernador del Parque de la Ciudadela y finalizó abruptamente por la llegada de la policía encabezada por el Gobernador Civil Leopoldo Matos. Después de una parodia de resistencia, los parlamentarios aceptaron rendirse ante la fuerza y el día se cerró con el acto simbólico de Matos arrojándoles tras poner su mano en el hombro de cada uno de ellos para ser liberados una vez en la calle.⁴³

El desafío al status quo encarnado por la Asamblea, y la atmosfera favorable que causó en el país, abrió el camino hacia una nueva fase más cruenta; una etapa dominada por la revolución obrera y la contraofensiva gubernamental.

El gobierno pudo retomar la iniciativa en gran parte gracias a la pasiva actitud adoptada por Antonio Maura. Líder de un importante movimiento de opinión formado sobre todo por jóvenes monárquicos y católicos desde su pérdida de la jefatura del Partido Conservador, Maura podía haberse convertido en el punto de contacto entre las Juntas y la Asamblea.⁴⁴ Su hijo Gabriel escribió que de haberse pronunciado su padre en ese sentido, parte muy considerable de la derecha española habría renegado públicamente de la Monarquía o, por lo menos, de la persona de Alfonso XIII.⁴⁵ Sin embargo, a pesar de los ruegos de muchos de sus seguidores (incluyendo sus hijos Gabriel y Miguel), el aferramiento de Maura a la legalidad constitucional demostró ser más fuerte que su vitriólico criticismo del sistema. Por consiguiente, se opuso inflexiblemente a apoyar lo que consideraba una rebelión militar (el movimiento juntero) o una iniciativa subversiva (la Asamblea), pues ambas poseían el potencial de destruir la monarquía.⁴⁶

El mismo Cambó, por otro lado amigo y admirador de Maura, reconoció que sin el concurso del veterano estadista y sus seguidores la asamblea sería descrita como un proyecto de separatistas y revolucionarios y consecuentemente no conseguiría ningún apoyo en los cuarteles.⁴⁷ En efecto, el Ministerio Dato apostó por una campaña sin precedentes de intoxicación de la opinión pública. Enarbolando el pabellón de acérrimo defensor de la neutralidad y del orden social, buscó desacreditar el desafío político acusándolo de estar financiado por oro extranjero con el objetivo de impulsar una revolución, proclamar la república y entrar en la guerra.⁴⁸

El estallido de una violenta huelga de transporte en Valencia coincidiendo con la celebración de la Asamblea hizo posible al gobierno poner en marcha su temerario plan: radicalizar la disputa ferroviaria para así empujar al proletariado a poner en marcha la huelga general indefinida, causar el pánico entre las clases medias y obligar al ejército a abandonar su posición crítica y a reprimir los disturbios.⁴⁹ Los socialistas cayeron en la trampa. Animados por republicanos y anarco-sindicalistas, el 13 de agosto se pusieron al frente de una huelga general revolucionaria. Cegados por la euforia, creían ver un paralelo con Rusia: la Asamblea y las Juntas Militares de Defensa eran para ellos la réplica española de la burguesía y el ejército

43 Los eventos se encuentran en SOLDEVILLA (1918), pp. 325-39; SIMARRO (1918), apéndice 2C, pp. 365-77. Ver también ACR, Leg. 14/19 (5), colección de documentos sobre la Asamblea.

44 ROMERO SALVADÓ (2010), pp. 15-17.

45 MAURA y FERNÁNDEZ ALMAGRO (1948), p. 302.

46 Hay numerosos ejemplos de peticiones de sus seguidores a bien tomar contacto con las Juntas —AAM, Leg. 389/10 (20, 25 y 28 de junio de 1917) y Leg. 402/22 (20 de junio de 1917)— o a apoyar abiertamente a la Asamblea - AAM, Leg. 80, Ossorio a Maura (9 de julio de 1917); Leg. 362/2, Miguel a Antonio Maura (24 de junio de 1917) y Gabriel a Antonio Maura (26 de junio, 3, 8, y 13-14 de julio de 1917). Su rechazo a las Juntas Militares a las que tildó de 'engendro monstruoso de añeja depravación' fue terminante como se puede ver en MAURA y FERNÁNDEZ ALMAGRO (1948), Antonio a Gabriel Maura (23 y 30 de junio de 1917), pp. 488-9. Tampoco escatimó oprobios a la Asamblea a la que se refirió de 'zoco profesional', MAURA y FERNÁNDEZ ALMAGRO (1948), Antonio a Gabriel Maura (6 de julio de 1917) pp. 489-90; AAM, Leg. 397/7, Maura a Ossorio (12 de julio de 1917), AAM, Leg. 80, Maura a Ossorio (7 de agosto de 1917).

47 AAM, Leg. 19, Cambó a Gabriel Maura (10 de julio de 1917).

48 Sobre los infundios de una conspiración internacional ver AGPR, Sec. 15,982 (25), Hardinge a Emilio de las Torres, secretario del rey, negando enfáticamente cualquier contactos entre los Aliados y la revolución en España (4 de Julio de 1917). Ver también, GONZÁLEZ CALLEJA y AUBERT (2014), pp. 294-8; ROMERO SALVADÓ (2002), pp. 155-7; GARCÍA SANZ (2014), pp. 262-8; BUXADÉ (1918), pp. 148-51.

49 AHN, Leg. 42A/1 (1), Instrucciones del ministro de la Gobernación (8-12 de agosto de 1917). Para un amplio análisis del papel jugado por el gobierno ver BUXADÉ (1918), pp. 218-30.

zarista.⁵⁰ En realidad, no podían estar más equivocados. Ni España había sufrido tres años de brutales privaciones ni sus tropas de amargas derrotas. Promesas de mejoras salariales junto a rumores alimentados por el gobierno de que oro extranjero estaba financiando la revuelta ayudaron a desvanecer las últimas dudas entre los oficiales del ejército que al concluir que era más fácil ametrallar a los obreros en España que irse a cavar trincheras a Francia aplastaron con brutalidad la revolución obrera.⁵¹

El drama español de 1917 no terminó en agosto sino que aun contaría con un epílogo o fase final. Tras arrojar al ejército para aplastar al movimiento obrero, el Ministerio Dato obtuvo una victoria rotunda pero sólo a corto plazo. Irónicamente, la secuela de las jornadas de agosto fue la coincidencia de los dirigentes junteros, los mauristas, el encarcelado comité de huelga y representantes de la Asamblea, en su condena al comportamiento del gobierno manipulando una disputa laboral para provocar la huelga general.⁵²

Seguro de contar con la confianza del soberano pues sus maniobras habían salvado al trono, Dato pensaba que podría aferrarse al poder.⁵³ Sin embargo, Don Alfonso tenía su propia agenda. Dada la gravedad de la situación, durante los meses previos y a espaldas de sus ministros, había establecido canales con los regionalistas catalanes, y, por supuesto, dado marcha atrás en su oposición a las Juntas, laudando en público su patriotismo y confirmando su pleno apoyo a sus demandas.⁵⁴ Por consiguiente, no vaciló el 26 de octubre cuando le fue entregado un mensaje firmado por todas las fuerzas armadas pidiendo la destitución del gobierno. Al fin y al cabo, el rey, ducho en la cuestión de crisis orientales, era bien consciente que su futuro dependía de la actitud de los militares. Por este lado no había nada que temer pues el mensaje sobresalía por su fidelidad al trono, prometiendo incluso la disolución (por la fuerza, si era necesario) de unas nuevas Cortes si representaban un desafío a la monarquía.⁵⁵

RUMBO A LO DESCONOCIDO

Evitando caer en determinismos históricos, España entraba en un nuevo período cuyo destino final era desconocido. El régimen liberal español sobrevivió los embates de la guerra y la revolución. Su neutralidad permaneció incólume hasta el amargo final y la amenaza frontal a su permanencia quedó eliminada en el otoño de 1917. Sin embargo, la victoria había sido pírrica y sus secuelas trascendentales.

Los sucesos de 1917 revelaron la crisis y la fragilidad del sistema político imperante pero también su capacidad de resistencia e incluso su adaptabilidad. Los partidos republicanos seguían siendo grupos relativamente pequeños, con pocos militantes e implantación en solo algunos centros urbanos. Traumatizados por la represión estatal, los socialistas rechazaron adherirse a nuevas aventuras revolucionarias y entraron en un proceso de recriminación mutua. Por su lado, con ambos partidos dinásticos divididos en facciones y desalojados del gobierno por el ejército en los últimos meses, el turno pacífico, la base estructural del funcionamiento del sistema por casi 40 años, quedó destrozado. Sin embargo, el turno dio lugar a nuevas fórmulas de gobierno como la concentración monárquica que presidió el Marqués de Alhucemas hasta marzo de 1918, y desde ese mes hasta noviembre un gobierno nacional presidido por el mismísimo Antonio Maura que contenía a todos los jefes de las principales facciones dinásticas. El régimen además

⁵⁰ Era tal el optimismo entre los Socialistas que, por una vez, incluso ignoraron los consejos de Pablo Iglesias, quien desde su lecho de enfermo se oponía al carácter revolucionario de la huelga. Ver LARGO CABALLERO (1976), pp. 51-2; MORATO (2000 {1931}), pp. 202-3.

⁵¹ Una amplia narrativa de los acontecimientos se encuentra en SOLDEVILLA (1918), pp. 370-403. BUXADÉ (1918), pp. 251-96; LACOMBA (1970), pp. 257-84.

⁵² Por ejemplo ver declaraciones de Julián Besteiro actuando de interlocutor del comité de huelga durante su juicio en octubre, en ANON (1918); Cambó en *La Veu de Catalunya* (25 de octubre de 1917); AAM, Leg. 362/2, Miguel a Antonio Maura (16-17 de agosto y 7 de septiembre de 1917) y Gabriel a Antonio Maura (16 y 20 de agosto de 1917); *La Correspondencia Militar* (20 de octubre de 1917).

⁵³ Pruebas de ese optimismo se pueden ver en BRAH, *Archivo Eduardo Dato*, carta del ministro de Estado (Marqués de Lema) a Dato confirmando el apoyo total del monarca a su gobierno (3 de octubre de 1917); y en su conversación con el embajador británico en FO 185-347/522 (28 de octubre de 1917).

⁵⁴ FERNÁNDEZ ALMAGRO (1977), pp. 234-6; NADAL (1965), pp. 269-70; y MÁRQUEZ Y CAPÓ (1923), pp. 48-50.

⁵⁵ *Ibid.*, apéndice 16, pp. 216-23.

mostraba su capacidad de absorber antiguas fuerzas de la oposición al incluir ahora en sus filas a ministros de la Lliga Regionalista.⁵⁶

Tras el armisticio, España pagó el precio de una neutralidad que desde fuera, en particular en Francia, se había percibido dominada por los tintes germanófilos de sus estamentos oficiales. Aislada de los Aliados, se tenía que enfrentar a la pesadilla del recrudescimiento de la guerra colonial en Marruecos. Simultáneamente, el país se vio sumergido en la ola revolucionaria que sacudió Europa impulsada por el descontento popular, el malestar económico y el impacto del triunfo bolchevique en Rusia; un momento de masiva agitación social y protesta obrera que capitalizó la CNT. Pero, más que la amenaza de la revolución, la Europa liberal pronto iba a descubrir que el auténtico peligro procedía del campo de la reacción. El Ministerio Dato había abierto una Caja de Pandora en 1917. Aunque el orden constitucional había resistido los caóticos acontecimientos de aquel año, el espectro de una monarquía de tipo pretoriano comenzaba a tomar forma.

BIBLIOGRAFÍA

- (1918). Instituto de Reformas Sociales, *Encarecimiento de la vida durante la Guerra. Precios de las subsistencias en España y en el extranjero, 1914-1918*. Madrid: Sobrinos de la Sociedad de M. Minuesa.
- (1923). *Movimiento de los precios al por menor durante la guerra y la posguerra, 1914-1922*. Madrid: Sobrinos de la Sociedad de M. Minuesa.
- (1999 [1947]). Romanones. *Notas de una vida*. Madrid: Marcial Pons, pp. 379 y 384.
- ANON (1918). *La condena del comité de huelga*. Madrid.
- BALLESTEROS, L. (1917). *La guerra europea y la neutralidad española*. Madrid: Rates.
- BERNÍS, F. (1923). *Consecuencias económicas de la guerra*. Madrid: Estanislao Maestre, pp. 95-6.
- BESSEL, R. (2002). 'Politics', en JACKSON, J. *Europe 1900-1945*. Oxford: Oxford University Press, pp. 120-1.
- BLINKHORN, M. (1990). 'Introduction: Allies, Rivals or Antagonists? Fascists and conservatives in Modern Europe', en BLINKHORN, M. (Ed.). *Fascist and Conservatives*. Londres: Unwin Hyman, p. 3.
- BOYD, C. P. (1979). *Praetorian Politics in Liberal Spain*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, pp. 51-9.
- BOYD, C. P. (2003). 'El Rey-Soldado', en MORENO LUZÓN, J. (Ed.). *Alfonso XIII*. Madrid: Marcial Pons, p. 218.
- BURGOS Y MAZO, M. (1918). *Páginas históricas de 1917*. Madrid: Núñez Samper, pp. 108-10.
- BUXADÉ, J. (1918). *España en crisis. La bullanga misteriosa de 1917*. Barcelona: Bauzá, pp. 33-59.
- CABRERA, M., COMÍN, F., GARCÍA DELGADO, J.L. y ALBA, S. (1989). *Un programa de reforma económica del primer tercio del Siglo XX*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.
- CAMBÓ, F. (1987). *Memorias*. Madrid: Alianza, p. 227.
- CARDEN, R.M. (1987). *German Policy Toward Neutral Spain, 1914-18*. New York: Garland, pp. 100-2.
- CENAMOR VAL, H. (1916). *Los españoles y la guerra: neutralidad o intervención*. Madrid: Sociedad española de librería.
- DÍAZ PLAJA, F. (1973). *Francófilos y Germanófilos*. Barcelona: Dopesa.
- EALHAM, Ch. (2005). *Class, Culture and Conflict in Barcelona, 1898-1937*. London: Routledge, pp. 6-9.
- EHRlich, Ch. E. (1998, Abril). 'Per Catalunya I l'Espanya Gran': Catalan Regionalism on the Offensive, 1911-19', *European History Quarterly*, 28/2, pp. 190-1.
- ESPADAS BURGOS, M. (2000). 'España y la Primera Guerra Mundial', en TUSELL, J., AVILÉS, J. y PARDO, R. (Eds.). *La política exterior de España en el siglo XX*. Madrid: Biblioteca Nueva, p. 97.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. (1977). *Historia del reinado de Alfonso XIII*. Barcelona: Montaner & Simón, 4th edn. pp. 234-6.
- FORCADELL, C. (1978). *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*. Barcelona: Crítica.
- GARCÍA SANZ, F. (2014). *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*. Madrid: Galaxia Gutenberg.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2005). 'El catalanismo en la hora del imperialismo', *Studia Histórica*, 23, pp. 297-312.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E. y AUBERT, P. (2014). *Nidos de espías. España, Francia y la I Guerra Mundial*. Madrid: Alianza.
- GONZÁLEZ CASANOVA, J.A. (1979). *Federalismo y autonomía*. Barcelona: Crítica, pp. 205-6.
- LACOMBA, J.A. (1970). *La crisis española de 1917*. Málaga: Ciencia Nueva.
- LARGO CABALLERO, F. (1976). *Mis recuerdos: Carta a un amigo*. México: Ediciones Unidas, pp. 51-2.
- LONGARES ALONSO, J. (1976). 'Germanófilos y aliadófilos españoles en la Primera Guerra Mundial', *Tiempo de Historia*, 21, pp. 38-45.
- MÁRQUEZ, B. y CAPÓ, J.M. (1923). *Las juntas militares de defensa*. La Habana: Porvenir, apéndice 2, pp. 178-9.
- MARTÍNEZ SANZ, J. L. (1983). 'El enfrentamiento Romanones-Ratibor', *Hispania*, 154, pp. 401-27.

⁵⁶ En noviembre de 1917, la Lliga alcanzó dos de sus objetivos primarios: control de dos carteras ministeriales incluida la de Hacienda y la destrucción del monopolio político hasta entonces disfrutado por los partidos dinásticos. Ver ANC, *Archivo de Lluís Duran i Ventosa*, cartas de Cambó a Duran (28 de octubre al 3 de noviembre de 1917). Para más análisis sobre el tema ver PABÓN (1999), pp. 468-70; GONZÁLEZ CASANOVA (1979), pp. 205-6; y ROMERO SALVADÓ (2008), pp. 102-4.

- MARTORELL, M.A. (2011). 'No fue aquello solamente una guerra, fue una revolución: España y la Primera Guerra Mundial', en *Historia y Política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 26.
- MAURA, G. y FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. (1948). *Por qué cayó Alfonso XIII: Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado*. Madrid: Ambos Mundos, p. 302.
- MAYER, A. (1981). *The Persistence of the Old Regime. Europe to the Great War*. Londres: Croom Helm, p. 15.
- MEAKER, G. (1974). *The Revolutionary Left in Spain, 1914-23*. Stanford: Stanford University Press.
- MEAKER, G. (1988). 'A Civil War of Words', en SCHMITT, H.A. (Ed.). *Neutral Europe between War and Revolution, 1917-1923*. Charlottesville: University of Virginia Press, p. 2.
- MORATO, J.J. (2000 {1931}). *Pablo Iglesias*. Barcelona: Ariel, pp. 202-3.
- NADAL, J.M. (1965). *Memories*. Barcelona: Aedos, 2nd edn. pp. 269-70.
- PABÓN, J. (1999). *Cambó, 1876-1947*. Barcelona: Alpha, p. 386.
- PESTAÑA, A. (1971 [1933]). *Lo que aprendí en la vida*, 2 Vols. Murcia: Zero, Vol. 1, p. 59.
- PONCE MARRERO, J. (2006). *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918*. Tenerife: Cabildo de Gran Canaria.
- PONCE MARRERO, J. (2014). 'Propaganda and Politics: Germany and Spanish Opinion in World War I', en PADOCK, T.R.E (Ed.) *World War I and Propaganda*. Leiden-Boston: Brill, pp. 293-321.
- ROMERO SALVADÓ, F.J. (2002). *España 1914-18, Entre la Guerra y la revolución*. Barcelona: Crítica.
- ROMERO SALVADÓ, F.J. (2003). 'Fatal Neutrality: Pragmatism or Capitulation? Spain's Foreign Policy during the Great War', *European History Quarterly*, 33, 3, pp. 297-304.
- ROMERO SALVADÓ, F.J. (2008). *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Spain, 1916-1923*. London: Routledge.
- ROMERO SALVADÓ, F.J. (2010). 'Antonio Maura: el gran incomprendido', en QUIROGA, A. y ARCO BLANCO, M.A. del (Eds). *Soldados de Dios y Apostóles de la patria: Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*. Granada: Comares, pp. 15-17.
- SIMARRO, L. (1918). *Los sucesos de agosto en el parlamento*. Madrid: LIF, apéndice 2C, pp. 365-77.
- SOLDEVILLA, F. (1918). *El año político de 1917*. Madrid: Julio Cosano, pp. 325-39.
- TAFUNELL, X. (1992). 'La construcción en Barcelona, 1860-1935: Continuidad y cambio', en GARCÍA DELGADO, J.L. *Las ciudades en la modernización de España*. Madrid: Siglo XXI, 19.
- TATJER MIR, M. (1996). 'Els barris obrers del centre històric de Barcelona', en OYÓN, J.L. (Ed.) *Vida obrera en la Barcelona de las entreguerras*. Barcelona: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, pp. 43-4.
- UCELAY-DA CAL, E. (2003). *El Imperialismo Catalán*. Barcelona: Edhasa.